

ZAPATERO A TUS ZAPATOS

Un obispo que posea un lujoso yate es más digno de reproche que si el propietario es un banquero millonario. Ambas cosas no son contrarias a la ley, pero tienen una valoración distinta en la escala moral. A quien predica valores éticos más elevados se le debe exigir más que al hombre de la calle, las plazas y las avenidas. No debe suscitar asombro que un político de la derecha, tras abandonar la vida pública, se dedique a sus negocios privados siguiendo aquella frase truncada de Guizot: “enriqueceos”. Después de todo la derecha se alinea, casi siempre, para no ser dogmáticos, con los intereses de los empresarios. Ciertamente ya no existe una lucha de clases en el sentido marxista, aunque siempre habrá un conflicto entre quienes ponen el dinero y aquellos que ponen las manos. Un valor esencial de la izquierda es la igualdad social, una igualdad que está en el justo medio entre el amor cristiano a los pobres y el odio marxista a los ricos. Un político socialista no se hará rico volviendo a la universidad, regresando al ejercicio de la abogacía, escribiendo novelas o haciendo conciertos si cantar sabe, pero un político socialista no entra en política para hacer la política de “lo que la bolsa y el mercado me den, san Pedro me lo bendiga”. Y no es que sea censurable que un hombre de izquierdas se haga rico – Picasso no regalaba sus cuadros – sino la incongruencia en la manera de hacerlo. Desde el consejo de administración de multinacionales no se defienden los intereses de los trabajadores (incluyo a las trabajadoras). Tal vez a la postre, o al primer plato, Zapatero no haya cometido ninguna ilegalidad. Ahora bien, es una decepción que sus cejas arqueadas nos vayan pareciendo cada vez más al modo de volar de las gaviotas.

Pablo Galindo Arlés,
23 de mayor de 2026